

RAÚL CARRANCÁ Y RIVAS

Si hoy en día Ciudad Universitaria sigue siendo impresionante hay que tratar de imaginarse lo que representaba en 1952. Fue, sin duda, el gran proyecto del gobierno del presidente Miguel Alemán, y yo diría que uno de los más importantes del régimen posrevolucionario. Reconocer el valor de la universidad y sumarla a las tareas del desarrollo del país fue un acto trascendental. Yo comencé mi carrera de leyes en 1950, justo en el momento en que la Escuela Nacional de Jurisprudencia se convirtió en Facultad de Derecho. Estudié toda mi carrera en el centro de la ciudad y me titulé en el nuevo edificio del Pedregal. Recuerdo varias cosas en relación con ese traslado. La primera es que la rutina de los abogados se desarrollaba básicamente en el centro. Ahí estaban la mayor parte de los bufetes, de las oficinas de gobierno y, desde luego, los tribunales. Para un estudiante de leyes esto era maravilloso porque le permitía combinar con cierta facilidad sus estudios y el trabajo. Otra cuestión eran los problemas que podían ocasionar los estudiantes en el centro cuando había problemas políticos. Hubo ocasiones en que el centro se paralizaba por alguna manifestación o algún mitin. Todo esto cambió en 1954, cuando se hizo la mudanza.

Con el cambio la universidad ganó fuerza política e importancia en la vida del país. Al estar todos concentrados en un mismo campus los universitarios fortalecieron la idea de pertenencia a un cuerpo, pero sin que esto implicara que hubiera realmente una vinculación entre las diferentes escuelas o áreas del conocimiento. Es decir, somos universitarios, pero desde nuestro propio espacio. A pesar de que el proyecto arquitectónico busca propiciar el encuentro de los universitarios en el campus, creo que eso nunca se logró. Estamos juntos, pero al mismo tiempo aislados. Y eso ha sido muy evidente cuando por la importancia política que tiene, la UNAM ha sufrido intromisiones muy graves.

